

EL PRÍNCIPE DE PRUSIA

Marcó el fin del año 1856 en las Tullerías una visita á la que Napoleón III daba mucha importancia, la del príncipe Federico Guillermo de Prusia, futuro emperador de Alemania. Este príncipe frisaba en los sesenta años, y había conservado gran vigor de cuerpo y de espíritu. Nacido el 22 de marzo de 1797, era hijo del rey Federico Guillermo III y hermano y heredero del rey Federico Guillermo IV, que no tenía hijos y estaba bastante enfermizo. El príncipe de Prusia se ocupaba ya mucho de política, y Napoleón III creía que algún día tendría en él un colaborador precioso para sus proyectos sobre Italia. Mas ¡ay!, el príncipe estaba llamado á desempeñar un papel mucho más importante que aquel á que el emperador le suponía reservado. Adolescente, había invadido la Francia; anciano, debía invadirla de nuevo. Recordaba que cuando apenas tenía quince años había estado en el palacio de la Malmaison con su padre Federico Guillermo III, con su hermano el futuro Federico Guillermo IV y con el gran duque Nicolás de Rusia, el futuro emperador Nicolás I. A los tres había subyugado el encanto de la conversación de la emperatriz Josefina y de la reina Hortensia. Esta última había cantado algunas romanzas compuestas por ella, lanzando miradas simpáticas al apuesto gran duque Nicolás. Así lo refería algún tiempo antes de su muerte el emperador Guillermo á uno de sus ayudantes que me ha transmitido la conversación. En 1856 podía contar á Napoleón III los recuerdos de la Malmaison, pero se guardaba bien de evocar los de su madre, la reina Luisa, á quien el vencedor de Jena, el conquistador de Berlín, había herido en el corazón y á la que los prusianos querían vengar.

Y cosa digna de observar, de todos los príncipes que fueron á Francia durante el segundo Imperio, el que tuvo mejor acogida en las Tullerías fué quizás el futuro vencedor de Sedán. Nadie se mostró más solícito con el emperador ni más galante con la emperatriz, de la cual se decía respetuoso y entusiasta admirador. Sus modales á la vez regios y militares, su aspecto bonachón, su conversación sencilla y familiar, le aseguraron una acogida cortés y cordial.

El 11 de diciembre de 1856, Federico Guillermo, príncipe de Prusia, llegaba á París procedente de Oxborne (isla de Wight), acompañado del general barón de Schreeckenstein, comandante en jefe del 7.º cuerpo de ejército prusiano, y de un oficial destinado á adquirir gran celebridad, el general de Moltke. El



EL PRÍNCIPE FEDERICO GUILLERMO DE PRUSIA

coronel marqués de Toulangeón, oficial de órdenes del emperador, y el conde de Riencourt, caballerizo, habían ido al puerto de Calais á recibir al príncipe. El príncipe Napoleón le recibió en la estación del Norte, en la que estaban formados un batallón de la guardia y otro de línea. Cuatro carruajes de la corte, escoltados por un escuadrón de guías, aguardaban al príncipe prusiano y le condujeron con su comitiva al palacio de las Tullerías, donde el gran chambelán y el gran maestre de ceremonias le recibieron al pie de la escalera principal, y el emperador, rodeado de sus oficiales de servicio, en lo alto de aquélla. El soberano le presentó en seguida á la emperatriz que le aguardaba en el salón blanco, con los oficiales y damas de su cuarto, y le llevó á las habitaciones que le estaban reservadas en el pabellón de Marsán. Por la noche, el príncipe comió con las personas de su comitiva y todos los individuos de la legación de Prusia en la mesa de SS. MM.

El 13 de diciembre, á la una de la tarde, el emperador pasó revista en el patio de palacio á nueve regimientos de línea y tres batallones de cazadores, todos los cuales habían hecho la campaña de Crimea. Las tropas estaban mandadas por el mariscal Magnán. Napoleón III, escoltado por los mariscales Vaillant, Baraguey d'Hilliers, Pelissier, Canrobert, y Bosquet, tenía á su lado al príncipe de Prusia. Un piquete de los cien guardias y otro de guías formaban la escolta del emperador. La emperatriz, rodeada de los oficiales y las damas de su cuarto, estaban en el balcón de la sala de los Mariscales. Después de pasar por el frente de las tropas, el emperador se situó delante del pabellón del Reloj y mandó reunir las banderas de los regimientos de línea y de los batallones de cazadores; luego, en presencia de estas gloriosas insignias desgarradas por las granadas y por las balas, distribuyó por su propia mano cruces y medallas militares. Durante la revista, el príncipe imperial, saliendo del palacio de las Tullerías, pasó entre la línea de soldados que le saludaron con sus aclamaciones. ¿Se habría podido sospechar entonces que aquel en cuyo honor se celebraba tan hermosa revista sería tan fatal al padre y al hijo?

El 15 de diciembre, el emperador y el príncipe de Prusia marcharon por la mañana á Fontainebleau, en cuyo palacio debían pasar dos días. Por la noche la ciudad estaba iluminada. El 16, el emperador pasó con el príncipe una revista á los dragones y lanceros de la guardia. La emperatriz llegó á las once de la mañana. Hubo una cacería en el bosque, y á las seis de la tarde SS. MM. regresaron á París con el príncipe de Prusia.

17 de diciembre. — Revista de toda la guardia imperial en el patio de las Tullerías y en la plaza del Carrousel. El emperador, llevando la gran cruz del Águila negra, tenía á su lado al príncipe de Prusia. Le acompañaban los mariscales Magnán, de Castellane, Baraguey d'Hilliers, Pelissier, Canrobert y Bosquet, los generales prusianos de la comitiva del príncipe, el marqués de Villamarina, ministro de Cerdeña y un numeroso estado mayor. Recorrió las líneas al paso, dejando el lado de las tropas al príncipe de Prusia y hablando con él frecuente-

mente. Luego fué á colocarse delante del pabellón del Reloj. Entonces mandó llamar al coronel del 3.º de granaderos de la guardia, y le entregó el águila de este regimiento recién formado. El coronel pronunció algunas palabras entusiastas y fué á llevar la bandera á sus granaderos. El desfile comenzó en seguida con perfecto orden. A pesar del frío, la emperatriz estaba en el balcón de la sala de los Mariscales, viéndose entre las damas que la rodeaban á lady Cowley, embajadora de Inglaterra, y á la condesa de Hatzfeldt, hija del mariscal de Castellane y esposa del ministro de Prusia en París.

Por la noche, los condes de Hatzfeldt daban en el palacio de la legación un gran banquete en honor del príncipe.

18 de diciembre. — Baile de quinientas personas en las Tullerías. SS. MM. hicieron su entrada á las diez con el príncipe de Prusia y permanecieron hasta las tres de la mañana. Dióse el baile en la sala de los Mariscales. Los hombres iban de frac con calzón corto y medias de seda. El emperador y la emperatriz bailaron con mucha animación el cotillón, que duró más de una hora.

19 de diciembre. — El príncipe de Prusia visitó la escuela de Saint-Cyr. Recibido en la puerta de honor por el general de Monet y por todo el Estado mayor de la escuela, expresó el deseo de que nadie desatendiera por él sus habituales ocupaciones. Dos grupos de jinetes, compuestos de alumnos del segundo año, ejecutaban en el campo de maniobras todos los movimientos de la escuela de pelotón. Un poco antes de salir de Saint-Cyr, el príncipe pasó por el frente de los alumnos reunidos con armas y bagajes; luego éstos ejecutaron el manejo de las armas, las cargas y el fuego. S. A. R. manifestó al general comandante toda su satisfacción, y por la noche fué á la Opera, donde se daba el baile *El Corsario*.

20 de diciembre. — El príncipe comió con los emperadores y luego fué con ellos á la Comedia francesa. Apenas entró la condesa de Hatzfeldt en el palco que se le había enviado, el emperador y la emperatriz la hicieron pasar al suyo. El príncipe estaba encantado de la cordial acogida que Napoleón III y su corte dispensaban, no sólo á él, sino á las personas de su comitiva y á la legación de Prusia. En aquella época, ningún gobierno mantenía mejores relaciones con el emperador que el gobierno prusiano.

21 de diciembre. — El príncipe debía marchar de París á las once de la noche. Antes de partir comió con los emperadores, que convidaron á los condes de Hatzfeldt á esta comida. La condesa escribía á su padre: «Otra vez nos han convidado á comer en las Tullerías, donde nos han hecho permanecer hasta el momento en que el príncipe ha salido para tomar el tren. Ya ha marchado de París y creo que estaba muy contento de lo que ha visto; aquí también han quedado muy contentos de él. Los hombres y mi marido han partido, y el emperador, después de hablar largo tiempo con la emperatriz, ha venido á decir que se colocara una mesa para celebrar una rifa. Había lotes magníficos y á mí me ha tocado, y no por suerte seguramente, un precioso brazalete de oro con

la palabra *Recuerdo* en diamantes. Ha sido un modo muy delicado de hacerme un regalo. Es imposible estar más amable de lo que en esta ocasión lo han estado ambos para nosotros.»

Dispuesto muy favorablemente para con el príncipe, á quien creía poder hacer entrar en sus proyectos de arreglo del mapa europeo, Napoleón III apreciaba mucho á la condesa de Hatzfeldt, cuyo principal objetivo fué una inteligencia sincera entre sus dos patrias. ¿Quién sabe? Si la digna hija del mariscal de Castellane hubiera sido embajadora de Prusia en París en 1870, tal vez no habría estallado la guerra franco-alemana.

III

LOS COMIENZOS DE 1857

El año 1857 empezó en medio de una paz interior y exterior que al parecer nada debía perturbar. En la noche del 2 de enero hubo en el palacio de las Tullerías una recepción de señoras.

El 3 de enero el emperador debía ir al teatro de la Gaieté, donde se representaba un melodrama en boga, *La falsa adúltera*; pero se lo impidió una catástrofe tan terrible como inesperada, el asesinato del arzobispo de París, monseñor Sibour. El prelado había ido aquel día á la iglesia de San Esteban del Monte, donde se celebraba una novena en honor de Santa Genoveva. Acababa de dar la vuelta al santuario, bendiciendo á los fieles arrodillados á su paso, cuando un hombre, saliendo de entre el gentío, se acercó á él y le dió una cuchillada. El arzobispo, trasladado á la sacristía, exhaló en seguida el postrer suspiro. El asesino no intentó escapar, sino que, blandiendo su cuchillo, gritaba: «¡Abajo las diosas!» Se le creyó loco; no se sabía que, adversario del dogma de la Inmaculada Concepción, aludía con aquellas palabras á la Virgen y á su madre. Tenía treinta años, se llamaba Verger, y era un cura á quien se habían retirado las licencias, que creía tener quejas del clero y deseaba vengarse. Aunque el obispo de Meaux le había escrito recientemente: «Creemos que necesitáis estar cuidado en una casa de salud,» los médicos, después de examinarlo, le declararon responsable, y en la noche del 29 de enero fué guillotinado en la plaza de la Roquette á la luz de las antorchas y en presencia de una muchedumbre inmensa.

El asesinato del arzobispo podía parecer á las personas supersticiosas un funesto presagio para el año que empezaba y para la estabilidad de la dinastía. Monseñor Sibour fué el que entonó el *Te Deum* cuando el restablecimiento del Imperio, y el que recibió al emperador y la emperatriz á la puerta de Nuestra Señora el día de su boda y el del bautizo de su hijo. Se suspendió el baile que debía verificarse en las Tullerías el 8 de enero, y el 10 se celebraron las exequias del arzobispo con gran pompa en la iglesia metropolitana. Pero no tardó en disiparse aquella penosa impresión, y á los cuatro días la corte y la ciudad recobraban toda su animación.

El 14 de enero el príncipe Napoleón reunía en el Palacio Real á todos los oficiales generales presentes en París que habían tomado parte en la guerra de

Crimea. Entre los invitados, en número de cincuenta y dos, figuraban los mariscales Pelissier, duque de Malakoff, Canrobert, Bosquet, el almirante Hamelin que había mandado la escuadra del mar Negro durante la guerra de Crimea y era á la sazón ministro de Marina, los generales Regnaud de Saint-Jean d'Angely, de Salles, Niel y de Mac-Mahon. El príncipe Napoleón había rogado á su padre el rey Jerónimo que presidiera esta fiesta militar á la que asistían nueve veteranos del primer Imperio. El hermano de Napoleón I pronunció este brindis: «Brindó por el emperador, por la emperatriz, por el príncipe imperial, á quien deseo, por la felicidad de nuestra querida patria que está llamado á gobernar, el valor, la prudencia y la habilidad de su augusto padre.»

El príncipe Napoleón alzó en seguida su vaso en honor de los generales en jefe del ejército de Crimea, y se expresó así: «Al mariscal de Saint-Arnaud, el jefe arrojado muerto después de la batalla de Alma y que tuvo por sudario la bandera tricolor de la Francia regenerada.»

«Al mariscal Canrobert, que ha sabido sostener el ejército en circunstancias tan difíciles, y ha entregado á su sucesor, como él mismo lo ha dicho, un ejército aguerrido y dispuesto á emprenderlo todo.»

«Al mariscal Pelissier, duque de Malakoff, que se ha inmortalizado con la toma de Sebastopol y con rara y perseverante energía ha sabido triunfar de los obstáculos que se le oponían por todas partes.»

El príncipe dedicó en seguida un conmovedor recuerdo á los hermanos de armas muertos cual dignos hijos de Francia, y terminó así su alocución: «Puedo decir con orgullo que la inmensa ventaja de esta guerra consiste en que habéis probado que Francia continúa teniendo su grande ejército.»

El mariscal duque de Malakoff contestó: «Monseñor, á mí me incumbe dar gracias á V. A. I. por habernos reunido en torno del hermano de Napoleón I, del más ilustre de los últimos representantes de su inmortal epopeya... Los elogios que habéis hecho del ejército que he tenido el honor de mandar son tanto más preciosos cuanto que ese ejército recuerda con satisfacción que V. A. I. ha compartido sus trabajos y contribuído valerosamente á sus triunfos.»

El ex rey de Westfalia tomó en seguida la palabra. «Agradezco, dijo, al mariscal Pelissier el haber asociado mi nombre al del grande ejército. Me complace en extremo poder contestarle brindando por nuestros bravos ejércitos de tierra y mar, y en particular por nuestras gloriosas tropas de Crimea, que, con la rapidez del águila, aprovecharon la primera ocasión para colocarse dignamente al lado de las viejas falanges de Marengo, de Austerlitz y de Jena.»

El invierno de 1857 fué muy brillante: las fiestas se sucedían sin cesar.

El 16 de febrero el emperador abrió la sesión legislativa en la sala de los Mariscales. El discurso del trono fué esencialmente pacífico. Napoleón III declaraba en él que como reinaba la mejor inteligencia entre las grandes potencias, se debía pensar formalmente en regular y desarrollar las fuerzas y las riquezas de la nación. «Aunque la civilización, decía, tenga por objeto el mejo-

ramiento moral y el bienestar material del mayor número, hay que reconocer que marcha como un ejército, y no obtiene sus victorias sin sacrificios y sin víctimas. Esas vías rápidas que facilitan las comunicaciones hacen que los intereses cambien de lugar y dejan á la zaga los países que aún están privados de ellas; esas máquinas tan útiles que multiplican el trabajo del hombre, le reem-



Monseñor Sibour, arzobispo de París

plazan al pronto y dejan muchos brazos desocupados; esas minas que diseminan por el mundo una cantidad de numerario desconocido hasta el presente, ese aumento de la fortuna pública que decuplica el consumo, tienden á hacer variar y á elevar el valor de todas las cosas; ese manantial inagotable de riqueza que se llama crédito engendra maravillas, y sin embargo, la exageración de la especulación ocasiona muchas ruinas individuales. De aquí la necesidad, sin detener los progresos, de acudir en auxilio de los que no pueden seguir su marcha acelerada. Hay que estimular á los unos, contener á los otros, alimentar la actividad de esta sociedad anhelante, inquieta, exigente, que en Francia lo espera

todo del gobierno y á la cual, sin embargo, debe éste oponer los límites de lo posible y los cálculos de la razón.»

Aquel período legislativo era el último hasta la renovación de la Cámara. En el discurso, Napoleón III dió las gracias á los diputados por el concurso activo que le habían prestado desde 1852, y terminó con estas palabras que respiraban satisfacción y confianza: «Contando con el concurso de las principales corporaciones del Estado, con la abnegación del ejército y sobre todo con el apoyo de este pueblo que sabe que consagro todos mis momentos á sus intereses, vislumbro para nuestra patria un porvenir lleno de esperanza. La Francia, sin lastimar los derechos de nadie, ha recobrado en el mundo el rango que le convenía, y puede dedicarse con seguridad á todo cuanto produce el genio de la paz. ¡Que Dios no se canse de protegerla, y en breve se podrá decir lo que un hombre de Estado, historiador ilustre y nacional, ha escrito acerca del Consulado: — La satisfacción reinaba en todas partes, y todo el que no tenía malas pasiones en su corazón estaba contento del poder público.»

Consideróse el homenaje tributado á M. Thiers como señal de conciliación en punto á política interior, y aun hubo personas que se imaginaron que el ministro de Luis Felipe llegaría á serlo de Napoleón III. Los partidos se iban desarmando cada vez más, y el emperador, en el colmo de sus deseos, gozaba de una situación tal vez única en el mundo. ¿Qué le habría faltado para conservarla? Resistir el afán de aventuras y mantener siempre la paz.

IV

EL GRAN DUQUE CONSTANTINO

En la primavera de 1857 Napoleón III recibió una visita á la que con razón se atribuyó mucha importancia, porque fué prelude y prenda de una reconciliación definitiva entre franceses y rusos: la visita del gran duque Constantino, hermano del tsar Alejandro II. Nacido el 9 de septiembre de 1827, Constantino Nicolaievitch, gran almirante de Rusia, príncipe de elevada inteligencia, era un ardiente patriota. Después de haber aprobado con entusiasmo el celo ortodoxo y la política belicosa de su padre el emperador Nicolás, fué durante los sucesos de Crimea furibundo partidario de la guerra á todo trance. Su ida á París inauguraba una nueva era.

El gran duque llegó el 20 de abril á Tolón á bordo de la fragata de vapor *Olaff*, acompañada de otras dos fragatas y del navío de hélice el *Wiborg*. La escuadra francesa de evoluciones, mandada por el almirante Trehouart, estaba formada en dos líneas en la rada que la escuadra rusa atravesó. Los marineros, subidos en las vergas, saludaron al gran duque á su paso, mientras que los barcos hacían salvas con toda su artillería. Tan luego como la *Olaff* quedó amarrada ante la cadena nueva á la entrada del arsenal, el almirante Trehouart y el vicealmirante Dubordieu, prefecto marítimo, pasaron á bordo de la fragata rusa para ofrecer sus respetos al gran duque. El príncipe saltó á tierra y se dirigió al arsenal, donde pasó revista á las tropas de marina. El 21 de abril visitó todos los buques de la escuadra francesa. El 23 asistió con todos sus oficiales á un baile dado en su honor por el prefecto marítimo. El 25 visitó el arsenal, y pasó á bordo del *Suffren*, buque escuela de cabos de cañón, donde se ejecutaron toda clase de ejercicios y tiro al blanco. El 26 oyó misa en el barco ruso el *Wiborg*. El mismo día los oficiales de la marina francesa ofrecieron á los de la rusa una comida á bordo del buque almirante la *Bretaña*. El 27 el gran duque partió en posta para Marsella, y de regreso al día siguiente en Tolón, se embarcó en el aviso de vapor francés el *Explorador*, puesto á su disposición para ir á la Seyne á presenciar la botadura de un vapor de las Mensajerías imperiales.

30 de abril. — Llegada del gran duque á París á las cinco de la tarde. El príncipe Napoleón le espera en la estación de Lyon, adornada con banderas de Francia y Rusia. Una de las salas ha sido transformada en salón de recep-